

# Naufragamos

María Isabel Benayas Galindo y Gonzalo Manso

Corría el año mil novecientos treinta cuando decidimos marchar a la Argentina. Mi hermano Pepe, el mayor de los cinco hermanos que éramos, ya se había ido el año que nací yo, en mil novecientos veinticuatro, seis años antes. Una hermana de mi padre emigró unos años antes con toda la familia, al parecer les iba bien, esto fue lo que animó a mi hermano a embarcarse con diecisiete años.

Mi padre, jornalero del campo, se ganaba bien la vida, el hombre hacía de todo lo que salía, no paraba: a segar a mano, a podar o alumbrar los majuelos, a las cortas de la dehesa, a la sementera, a retejar, en fin no ponía pegas a nada. Como era tan trabajador nunca nos faltó de comer, aunque ganaba muy poco como era entonces la cosa, trabajar de sol a sol y jornal poco, catorce reales y a seco. Al marchar de aquí uno de los cuñados que era barbero, por no perder la iguala se puso al oficio y lo hacía el hombre tan bien que no veas lo contentos que estaban todos, pero afeitaba los sábados o domingos por las casas y el pago era un cuartal de trigo al año, pasando dos veces el rasero, o sea que propina ninguna.

Mi madre atendía la casa y respigaba o iba a coger para las gallinas y conejos. Entre acarrear agua, amasar, encalar, zurcir, poner lumbre o hacer de partera, poco tiempo tenía para “darle a la húmeda”, aunque tampoco era ésta su condición. Siempre estaba acordándose de mi hermano. Cabizbaja al amor de la lumbre muchas veces la vi como se le soltaban las lágrimas, sobre todo en fechas señaladas. Mi hermano escribía con frecuencia, pero...

Un día escuché a mi padre.

—“Después de sementera nos marchamos a la Argentina. Vendemos la casica [sic] y lo poco que tengamos y ya tenemos para el viaje. A mí lo mismo me da trabajar aquí que allí, en todas partes hay que trabajar para comer y si

allá está mejor la vida pues ya está, no se me da mal este oficio de barbero y como Pepe trabaja ya seis años, desde que marchó, en una peluquería, anda que no sabrá poco y lo que lo quieren. Estaremos todos unidos y así dejaremos de padecer”.

Mi madre estaba loca de contenta. Virgilia, la hermana mayor ya con diecinueve años, era muy guapa, alta y trabajadora, seguro que no la haría mucha gracia, tenía ya sus amistades y un buen mozo que la quería, aunque la pobre se cosió y no dijo nada. Matilde, mi otra hermana con once años, Ponchito de nueve y yo, a mis seis años, lo que más ilusión nos hacía era viajar en tren y luego en barco, además de ver el mar y tener después una casa con luz eléctrica en todas las habitaciones, no alumbrarnos con carburo y con cuidado para no gastar mucho. Que sé yo que nos imaginábamos de La Argentina, como si allá ataran los perros con longanizas.

Terminada la sementera, vendimos todo, sólo nos quedamos con dos colchones, a los que mi madre cambió la tela porque ya era vieja, vareamos y escarmenamos bien la lana, quedaron flamantes. Oí decir que allí era difícil encontrar lana o era muy cara.

Uno de los baúles, el más grande de los que teníamos fue el que llevamos, claro con la ropa, poca desde luego, pero bueno, las mudas, las sábanas y lo más preciso.

La víspera fuimos a despedirnos de la familia. Recuerdo que las tías y muchos de nuestros primos y primas mucho lloraban, lo mismo varias vecinas. Nos dieron a los más pequeños muchas propinas, se las íbamos dando a mi madre que las guardaba siempre en la faldriquera [sic], la vida nos dio que lo poco que teníamos lo llevara siempre con ella, como más tarde se podrá ver.

A las candelitas [sic] del alba, del día once de noviembre, el día de San Martín no se me olvidará, mi tío Braulio llegó a la puerta de la casa con el carro de varas, tirado por un caballo tordo, parece que lo estoy viendo. La mañana era fría, el barro de la calle estaba tieso y buena manta de escarcha cubría los tejados. Nos tapamos con un tapabocas y un mantón y camino de Benavente, a coger el tren desde allí basta Vigo.

Nos salieron a despedir los familiares hasta el camino del caño. Poco a poco íbamos dejando atrás la torre de Villárdiga y el silo de Villalpando. Con el traqueteo del carro nos quedaríamos dormidos porque lo que más recuerdo es la llegada a la estación. Eso sí mi hermana mayor mucho lloraba, lo mismo le pasaba a mi madre.

Ya en Benavente, mientras compraban los billetes nos impresionaba todo lo que veíamos, sobre todo a mi hermano y a mí, nunca habíamos visto un tren. Salimos para Vigo a la tardecica [sic]. Toda la noche de viaje.

Mi madre sacó el fardel y comimos chorizos y pan de hogaza, de aquellas de candel que ahora no sé si las harán tan ricas.

Llegados a Vigo, pensábamos coger los pasajes para un barco –el Gran Osorio– que zarpaba ese mismo día pero con esas cosas que había entonces nos quitaron a nosotros y pusieron a otros.

Cargamos con todo el equipaje y a buscar una pensión. Tuvimos que pasar ocho días allí, que se nos hicieron eternos, hasta que conseguimos los seis pasajes, fue en el barco Inland Oppez. Lo único bueno de aquellos días fue que mi madre me compró, con el dinero de las propinas, unos zapatos de cordones con la suela de tocino y yo estaba entusiasmado con ellos, nunca había visto unos tan bonitos. Me los dejó poner allí mismo y no hacía más que mirarlos.

Con timidez pregunté.

—“Madre ¿en Argentina llevaré siempre puestos los zapatos?”

—Sí, hijo, los de la capital van siempre de domingo”.

No salíamos casi de la zona del puerto, notaba que a mi padre aquella situación le quemaba por dentro, había que pagar todos los días la pensión y aquello no era plan.

Por fin llegó el ansiado día de la partida. Ante nosotros apareció el enorme barco Inland Oppez. En él entraron, por lo menos decían, más de quinientas personas con grandes equipajes. Recuerdo que todo el suelo estaba lleno de baúles, fardos, maletas y cajas, no sé como pudieron meter tanto dentro de aquel gigantesco artillugio.

Nos acomodamos en los camarotes, mi hermano y yo con mi padre, mis hermanas con mi madre. No eran muy grandes pero se estaba bien. Oí decir que llevaba mucho sobrepeso pero que eso era frecuente en aquellos barcos.

Pasadas las nueve de la noche, poco a poco las luces del puerto iban quedando atrás. Mi padre me quitó los zapatos y me los colocó dentro de la caja, junto a las zapatillas de ataderas que traía. Nos dormimos rápidamente pero pasado un buen rato, luego supimos que algo más de dos horas empezamos a oír: “buuuuuuu, buuuuuuu, buuuuuuu”. Un señor del camarote dijo que eran otros barcos que pasaban, y al coincidir con el nuestro se saludaban los capitanes. El barco no dejaba de seguir tocando la sirena sin parar. Comenzamos a oír carreras por todas partes y gritos de...¡Socorroooo! ¡Que nos ahogamos! Entre gritos, llantos, voces y empujones aquello fue horroroso. Alguien gritaba:

¡Primero las mujeres y los niños a las lanchas! Claro se referían a que debíamos saltar a las salvavidas. Nosotros por esperar por mi padre que me tenía acochadito [sic] a mí, sujetándome porque quería volver al camarote a por los zapatos de la suela de tocino, no pudieron salir mis hermanos con mi madre al final fuimos todos juntos en una. Nunca habían tenido un remo en sus manos, lo suyo era la hoz, el bieldo o la azada, no las habían visto más gordas pero, amigo, como se defendían. Casi nos tocó remar junto a la hélice,

la lancha se iba por el remolino que formaba al girar dentro del agua. ¡Qué horrible! Esas imágenes las tengo en el alma.

Llegamos los primeros a los barcos de unos pescadores portugueses que habían acudido a nuestra ayuda, cuando el barco empezó a pedir auxilio. Todos comentaban:

—“Menos mal que la mar estaba en calma, si es otra noche, allí quedan todos”. Es lo que comentaban todos los portugueses, que conocían bien la mar, bueno, el océano.

Nos llevaron al pueblo de Peniches —en Portugal—. Toda la gente del pueblo salía con mantas para poder taparnos porque veníamos tiritando, no he visto gente más buena. Nos alojaron en las casas. En la que estuvimos nosotros coincidió que se conocía con mi padre porque habían estado machacando piedra en un pueblo de la provincia de Santander. Llegamos al despuntar el día después de secarnos la ropa a la lumbre y darnos los hombres lo que tenían de comer, ese mismo día nos llevaron a Lisboa, en unas camionetas, por unos montes y caminos con más curvas y recovecos que casi decían algunos que no salíamos de allí, gritaban también.

Teníamos lo puesto, los colchones y la ropa del baúl quedó en el barco. Menos mal que el dinero lo llevaba mi madre en la faldriquera [sic], es lo que nos dio la vida.

En Lisboa nos llevaron a un hotel poco bueno, de allí a unos almacenes para que comprase algo de ropa el que pudiera. Nos regalaron una visera de varios colores, si te la ponías parecía que íbamos de carnaval, digo yo que no las venderían y por eso nos la dieron y una corbata a cada uno, de la misma especie que la anterior, a las mujeres un pañuelo.

A los ocho días volvimos a embarcar —esta vez en el Darro—. Algunos al entrar hasta se desmayaban y se ponían rígidos. En el barco nos daban muy bien de comer y algunos días proyectaban una buena película de cine. Estando en altamar el barco giró como media luna, al hacer ese viraje no quiero ni acordarme del guirigay que se formó porque los que estábamos allí habíamos pasado por lo que habíamos pasado, “el gato escaldado del agua fría huye”.

El viaje duró veintiún días. Por el mar íbamos viendo delfines, que seguían al barco pero hasta varios kilómetros, les tiraban algo de comida y por eso acudían solícitos. Bancos de peces también nos seguían y salían dando grandes saltos, formaban como rastreras bandadas de plata muy brillantes al reflejar el sol.

Llegamos a Buenos Aires el día veintidós de diciembre de mil novecientos treinta. Nos estaban a esperar mi hermano, mi tía y su marido. Desde la capital nos fuimos a Rosario, nos alojamos en casa de esa hermana de mi padre que nos acogió de momento, aunque la casa no era grande y estábamos como sardinas en canasta.

Permanecimos allí aproximadamente dos meses, hasta que encontramos una casica [sic] pequeña, era de planta baja pero con luz eléctrica y todo. Mis hermanas y mi madre la limpiaron y la dejaron como los chorros del oro, menuda diferencia de cómo la encontramos. La calle era Marcos Paz, número 4.844.

Virgilia se puso enseguida a servir en una casa, los pequeños íbamos a la escuela. La maestra que me correspondió a mí estaba encantada conmigo. De aquella época todavía recuerdo muchas poesías, allí tenían esa costumbre de recitar mucho, mi hermano como me llevaba dos años le dieron otros libros, de éstos aprendía por la noche para luego decirlos en la escuela. Tocaban los dedos como castañuelas para pedir la palabra. Creo que eran muy educados aunque trabajadores poco.

Algunas veces me daban la propina, con ella iba a comprar cacahuets a un comercio que llamaban de Don Pablo, éste no entendía al principio eso de cacahuets hasta que un día nos permitió entrar en detrás [sic] del mostrador para que se los mostrásemos porque los estábamos viendo y decía que no entendía por ese nombre.

Al poco tiempo de estar allí un tren de carga, mientras jugaba cerca de la vía, me derribó, lanzándome a un costado de los raíles. El tren circulaba desde la estación de La Bajada con rumbo a Empalmo Rosario. Me internaron en el Hospital de Niños. Permanecí veinticuatro días en aquel sitio. Mi madre la pobrecita mucho padeció. Nunca me faltaron los caramelos que me llevaba la señorita de la escuela, daba a los niños que estaban allí y que no tenían. Me ponía de ejemplo para los demás niños aunque yo no he sido orgulloso, ni me ha gustado meterme dónde no me llamen.

Al poco tiempo de estar allí un tren de carga, mientras jugaba cerca de la vía, me derribó, lanzándome a un costado de los raíles. El tren circulaba desde la estación de La Bajada con rumbo a Empalmo Rosario. Me internaron en el Hospital de Niños. Permanecí veinticuatro días en aquel sitio. Mi madre la pobrecita mucho padeció. Nunca me faltaron los caramelos que me llevaba la señorita de la escuela, daba a los niños que estaban allí y que no tenían. Me ponía de ejemplo para los demás niños aunque yo no he sido orgulloso, ni me ha gustado meterme dónde no me llamen.

Mi padre llevó una gran desilusión cuando llegó allí, nada era como él había pensado. Quería poner una barbería como fuera pero mi hermano no quiso. No encontraba trabajo, con cincuenta y tres años ya no era ningún joven. Era inconcebible para él depender de los hijos para vivir, cayó casi en una depresión. Decidió venir a los seis meses para Villárdiga.

Por aquella época se había muerto una tía de mi madre, que no tenía hijos, y nos escribieron que la casa, que la habían tasado en quinientas pese-



Mi padre Ildelfonso Manso.

tas, era para las cinco sobrinas, una de ellas era mi madre. Al tener esta ocasión ya tenía donde meterse, no se lo pensó dos veces y se vino, además mis tías dijeron que las cien pesetas que correspondía a cada una ya las darían.

Nosotros ya volveríamos cuando mi padre se hiciese con algo de dinero aquí yuviésemos para el pasaje de retorno.

Que duro sería para él la vuelta, salió con ilusiones pero sobre todo con la familia, en busca de un hijo y vino sin ninguno. Mis dos hermanos mayores ya le dijeron, antes de venir, que ellos ya no volvían aquí. El mayor ya tenía novia, antes de llegar nosotros y mi hermana Virgilia creo que estaba avergonzada y triste por tanto fracaso, además mi tía la animaba para que se quedase porque la quería para su hijo, un chico viudo de más de treinta años y con una hija pequeña. Cuando vino mi padre, ellos, mi tío y mi tía, estaban deseando que nos viniésemos también para conseguir que mi hermana se casara con el hijo viudo. Con lo cariñosa y guapa que era, además de los diecinueve años, la jugada no les pudo salir mejor.

Al año, antes no teníamos dinero para el pasaje, después de seis veces que le tocó a mi madre ir al Consulado para que nos concediesen medio pasaje para los niños, nos hicimos con los ansiados pasajes.

Las señoritas de la escuela estuvieron con mi madre para que nos permitiese quedarnos, ellas nos cuidarían y todo, no querían que nos viniésemos pero claro que sabían ellas lo que sentiría una madre si nos tenemos que separar.

Pasamos las Navidades embarcados del año siguiente, el mil novecientos treinta y uno, embarcados para regresar a casa. Por Nochevieja formaron una gran fiesta, nos regalaron unos cucuruchos y baratijas de colorines y fue lo único que trajimos de recuerdo, siempre lo guardamos como oro en paño.

A las candelitas [sic] del alba del día ocho de enero llegamos a Vigo. No teníamos dinero para el billete del tren, mi madre fue a pedírselo a unos del pueblo que nos llevábamos bien, aunque no sabía ciertamente donde vivían pero obligado te veas.

Nos dejó a los tres en un garaje cerca del puerto, allí estuvimos todo el santo día y sin comer. La pobre no daba con la casa y venga a dar vueltas además de lo nerviosa que estaba no sabía ya ni el sitio que nos había dejado. Empezó a anochecer y recuerdo que en el garaje iban a cerrar cuando apareció mi madre, que casi no se tenía de las vueltas que tuvo que dar. Nos abrazamos a ella y yo creo que no nos soltamos ya ni en el tren. Pasamos toda la noche en el tren de Vigo a Benavente, en ésta ciudad ya nos subimos en el carro de unos parientes que habían ido a comprar y para casa. Esto era el cinco de enero de mil novecientos treinta y dos.

La llegada a casa por un lado fue alegre por reencontramos con mi padre pero por otro lado triste ya que no teníamos prácticamente nada, otra vez a empezar de nuevo. Mi padre ganaba catorce reales en la dehesa, Ponchito se

puso en la fragua para aprender el oficio, Matilde fue a servir a una casa del pueblo, ganaba tres pesetas al mes y mantenida, como se decía entonces. A mí me permitieron seguir en la escuela pero a la salida tenía que ir a acarrear agua para una de nuestras vecinas y a recados, ganaba catorce reales al mes y algunas veces un trozo de pan y tocino para la merienda. El maestro, Don Isidro, me dio un papel para las comedias muy largo, era el protagonista, tenía un papel muy largo pero no me equivoqué ni una vez.

Cuando salí de la escuela, ya fui a recoger bellota al monte y gané sesenta duros; con treinta compramos un pajar y en él hicimos un horno, nos daban un pan por cada una de las hornadas que hacían, si cocían tres personas pues tres panes. Con los otros treinta duros compramos un burro y ya no teníamos que traer la leña a cuestras.

Mis hermanos de Argentina escribían con frecuencia, mi madre se disgustó mucho con la boda de mi hermana, enseguida comprendió que ya se quedaría allí y no la volvería a ver, como así fue y mi hermano lo mismo. Eran dos espinas clavadas que ya siempre la acompañaron.

No había los medios que hay ahora para poder ir a verlos, ni ellos ni nosotros.

Pasados muchos años Matilde y yo viajamos a la Argentina para vernos, el otro ya había fallecido, a los treinta y tres años, en un desgraciado accidente, en La Felguera, lugar en el que con toda facilidad halló trabajo dada su habilidad y destreza en el oficio, pero le cayó una viga de hierro, antes había poca seguridad en el trabajo. Allí sólo pudimos estar con mi hermana, ya muy viejecita y con su marido, primo carnal nuestro, no tenían hijos lo mismo que nosotros. Recibimos una gran alegría al vernos después de tantos años. Las cosas económicas en la nación iban poco bien así que mi hermana Matilde, que permanecía soltera y ya jubilada, se compro-



Mi hermano Ildelfonso "Ponchito". Murió en un accidente laboral a los 33 años, en la Felguera (Asturias).

metió a pagar el viaje del sobrino, hijo de mi hermano mayor, y de su familia. Gastó buenas perras para que viniesen a España, además les compró muchas cosas de aquí.

Muchas veces pienso lo que hubiera sido nuestra vida si no se nos hubiese ocurrido emigrar a aquel país, lo que he añorado eso de estar juntos los hermanos, la soledad que he sentido, cuánto les he echado de menos, la vida para algunas personas no trae estrella. Unos nacen con estrella y otros estrellados.

No sólo emigré a la Argentina, cuando fui pequeño, junto a mis padres y hermanos, a los cuarenta, en el año mil novecientos sesenta y cuatro marché a Holanda.

Me gustaba el campo, nunca me faltó trabajo desde que me puse a trabajar, siendo un niño, primero compaginándolo con la escuela, hasta los doce años, y luego, claro, jornal hasta los diecisiete que ya me puse por año. Ponía ilusión en todo, lo mismo en arar las besanas derechas que en arreglar los arrosos o cuidar los aperos. Nunca me han gustado las trazas [sic] y disfrutaba teniendo todo en condiciones, hasta un año aré con una mula falsa que supe amainar con modales. Lo que me fastidiaba es que se ganaba muy poco, no había ni un día libre y aquello siempre era así. Un primo y un cuñado, por aquellas fechas habían marchado a Holanda, me escribieron diciendo lo bien pagados y el descanso de domingos y casi la mayoría de los sábados. Lo pensé y decidí que al cumplir el año me marchaba con ellos. Algunos me decían que no entendían que me fuese, por lo bien que estaba. Tengo que reconocer que el campo me llamaba pero se ganaba poco. Una de las soldadas que recuerdo era de cinco mil pesetas al año, cuatro cargas de trigo y dos harreñales [sic], en uno sembraba garbanzos y en otro melonar. El último año debieron ser un poco más, dos carros de paja y cinco yeras [sic] para sembrar. Aunque era a mantenido no salías de una patada, sin futuro. En verano íbamos a acarrear hasta los domingos, dormíamos en la era entre el bálago.

### *Holanda*

Marché el día siete de mayo de mil novecientos sesenta y cuatro a una ciudad holandesa que se llama Dohetinghen. Desde el primer día fui a trabajar a una fábrica de cubiertas y neumáticos. Te daban siete semanas para aprender el trabajo, si no valías te daban el despido rápido. Enseguida me encontré bien, estaba todo muy organizado que es cómo me gustan a mí las cosas. La pensión nos la facilitaban ellos mismos, la mitad la pagaba directamente la fábrica, la otra nos la descontaban de la nómina. Una cosa que me chocó fue que una parte del sueldo lo mandaban directamente a la mujer y los hijos, al parecer algunos no enviaban lo necesario y así lo remediaban rápido.

Al poco tiempo, ya asentado, mi mujer vino conmigo. Lo peor era el idioma, en la fábrica había un intérprete, en la pensión estábamos todos españoles y nos juntábamos con otros, también compatriotas en algunos sitios, en bares poco porque a mí nunca me han gustado. Allí iba a lo que iba y no a zascandílear, madrugaba y “trasnochar y madrugar no caben en el mismo costal”. Trabajábamos mucho, además de las ocho de la jornada, hacíamos otras cuatro extraordinarias, nos lucía porque nos las pagaban pero bien.

Los florines no se nos resistían. Me acuerdo ahora de cómo se contaban en aquel idioma.

Mi madre murió en diciembre de mil novecientos sesenta y cuatro, no pude venir al entierro. Quince días antes me llamó mi hermana, que era la única que estaba con ella, ya estaba muy grave, vine enseguida pero me marché a los pocos días porque el médico comentó que podía durar mucho tiempo y me fui. Mi hermana se lo tragó todo sola.

### *Baracaldo*

Ahorré pronto para comprar un piso, primero, claro, di la entrada y lo fui pagando pronto. Lo compré en Baracaldo, mi mujer no quiso continuar en Holanda y nos vinimos a Vizcaya, en esta provincia vivía otra de las hermanas de ella que tampoco tenía hijos como nosotros. Después de venir de allí ya no puse intención de regresar al pueblo para trabajar, a pesar de que todos los veranos he vuelto y poco a poco he ido arreglando la casa. No me gusta tener las cosas abandonadas así que no paro. Compré una casa pequeña, al lado de la mía, y allí hice el garaje y un pequeño taller, en el que paso el tiempo.

La única vez que pedí trabajo fue cuando ya decidimos quedarnos en Baracaldo, yo que siempre estaba acostumbrado a tener que elegir entre varios amos, cuando trabajaba de labrador, tuve que buscar empleo, aquello se me hizo raro. Me adapté pronto y estuve muy contento, aunque no ganaba como en Holanda y tampoco veía que había tanta organización.

Hace algunos años vino el maestro que yo tuve cuando volvimos de la Argentina, y me dio unos abrazos, nos pusimos muy contentos. Todavía se acordaba de las comedias que echamos los dos. Eran dos papeles muy largos y no los aprendían los mayores, al final los tuvimos que aprender él y yo. Me acuerdo ahora de todo. Lo representamos poco antes de la Guerra. El escenario lo hizo, a propósito, el Señor Manolo el carretero. Le recité algunas poesías y disfrutamos mucho. Sólo tenía seis o siete años más que yo.

Nunca he dejado de trabajar, siempre he tenido lo necesario, sólo he añorado el estar toda la familia junta.

De lo que más me acuerdo de cuando yo iba al colegio allí, lo que más se cursaba entonces era el boxeo y la poesía, yo del boxeo nada, cuando me metía con algún chaval hacía de mi lo que quería, yo tenía que defenderme como los gatos con uñas y dientes así que los de mi tiempo me tenían miedo. No era así con la poesía que recuerdo algunas que voy a expresar.

“LA ARDILLA”

Cuerpo chico de un pie escaso  
lomo negro, rojo acaso...  
animales cabezones  
ojos grandes y saltones  
las orejas puntiagudas  
largas finas y velludas  
cola grande de gorrión  
revoltosas tales son.

Vale más un vestido  
limpio y remendado  
que uno lujoso  
si aún no está pagado

ESOPO Y EL VIAJERO

Era un señor después de tragar se daba un paseo por carretera, según iba andando se le acerca un señor y le pregunta: Oiga ¿Cuánto tardará en llegar a ese pueblo inmediato? Y el Esopo le contestó: Pues no lo sé, y el viajero se despidió diciendo: “Ese hombre es tonto, mira que no saber cuanto se tarda”. Y cuando llevaba unos 150 metros le voceó y le dijo: Oiga, tardará 1 hora aproximadamente. Y le contestó ¿Cómo no me lo dijo antes? Y el Esopo contestó: ¿Y yo que sabía a la velocidad que usted anda?

EL AVARO

Cuentan que fue concebido a oscuras, de un solo rasgo para que no se gastase tiempo ni luz al forjado, su precio según es fama no pudo ser más barato, pues si su madre le tuvo dicen que fue de regalo y nació de 7 meses par tener dos ahorrados.

JUAN EL SIMPLÓN

Un señor en un pueblo que le llamaban “El Simplón” y se dedicaba con un borrico a ir al monte a por leña, y día [sic] cuando iba para casa con

su borrico del ramal encontró en el camino un retazo de oro, calentaba el sol, eran las 12 del mediodía y dijo así me hallo tan fatigado con este maldito sol, mañana vendré a buscarlo no puedo llevarlo hoy, al día siguiente temprano al mismo lugar volvió y en vez de hallar el tesoro sólo se encontró el simplón. Dice un refrán español, no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

Un ricachón mentecato,  
ahorrador empedernido  
por comprar jamón barato  
lo llevó medio podrido.  
Entre botica y galeno  
gastó doble que en jamón  
por no comprar  
jamón bueno.  
Hoy afirman que  
pues el economizar  
no es gastar mucho ni poco,  
sino saberlo gastar.

#### EL BUEN GIL Y LOS PÁJAROS

Era un chaval que se llamaba Gil y gustaba ir al bosque en busca de pájaros. Según iba andando vio un nido en un árbol y subió a ver lo que tenía, y se encontró que tenía cinco pájaros volanderos, quiso coger los cinco a la vez y se le escaparon. Pasaba un señor que le conocía por allí y dijo: deja buen Gil de correr detrás de cinco, ¡importunó!. Si para coger los cinco tienes que empezar ¡por uno!.

Otoño la fruta cría quien la luz del sol envía; el cielo la lluvia vierte sobre la tierra abrasada y tierra bien regada en un jardín se convierte.

Bendito quien hizo el sol,  
bendito quien hizo el viento  
y que Dios nos dé el sustento  
para poderlo aguantar.

Nada más se despide con un saludo muy cordial.

Mi hermano ya falleció (1996) y una de mis termanas también (2004). A ninguno de los dos pude ir, por supuesto, para el sepelio.

Tengo 31 años de casado, en plena armonía con mi esposa y con cuatro hijas que tengo, mayores de 18 años las cuatro (dos casadas, una separada y la menor soltera).

Las dos menores y yo figuramos en el censo electoral de Zamora. La segunda en el de Madrid. Emitimos puntualmente nuestro voto a excepción de mi hija mayor que nunca ha recibido las papeletas. (En febrero pasado tampoco recibió las papeletas para el referéndum el 20 de febrero. En fecha 3 de ese mes yo remití una carta de reclamación a la Sra. Presidente de la Junta Provincial de Zamora. Aún no he obtenido respuesta).

¿Mi perfil moral...? De costumbres muy austeras, vivo muy entregado a mi trabajo con la gente carenciada, volviéndome cada vez más sensible a las necesidades de los demás, precisamente en un país tan empobrecido por los malos gobiernos que estamos teniendo. ¡Muchos trabajadores están sin trabajo! Y recogiendo materiales descartables [sic] por las calles, apenas juntan para hacer una comida al día. ¡Me duele que haya tantas desigualdades sociales! Hay sectores que están lanzando un SOS a ONGs que quieran ayudarles, porque han perdido la confianza en las instituciones gubernamentales que podrían hacerles salir de ese estado de indigencia.

Las personas con quienes contacto cada día no son holgazanes que piden limosna sino trabajo para poder ganarse la vida. Yo les preparo en un oficio; les capacito laboralmente; y encuentro después trabajo para algunos, pero la mayoría... sólo encuentra chapuzas para ir sobreviviendo.

¡Me hubiera gustado haber hecho mucho más por esta gente!